

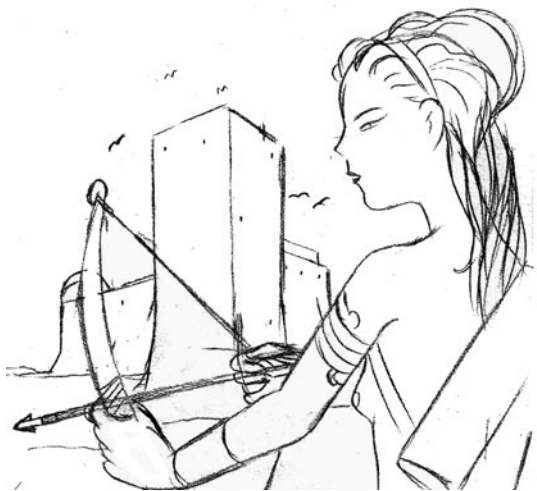
LA BIBLIOTECA DE  
LUIS ALBERTO DE CUENCA

07  
LA BIBLIOTECA DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

60  
LOS VERSOS DE CORDELIA

# Por Fuertes y Fronteras

(1994-1996)



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, junio de 2021

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)



  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques  
 y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Luis Alberto de Cuenca y Prado, 1996, 2021

Edición crítica y prólogo de © Rodrigo Olay Valdés, 2021

Ilustración de cubierta: © Miguel Ángel Martín, 2021

IBIC: DCF

ISBN: 978-84-18141-49-2

Depósito legal: M-17628-2021

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Por Fuertes  
y Fronteras  
(1994-1996)

Luis Alberto de Cuenca

Edición crítica y prólogo de Rodrigo Olay Valdés



# Índice

<i>Introducción:</i>	
«De tanto amarte y tanto no quererte»: los fuertes y fronteras de Luis Alberto de Cuenca	13
Esta edición	63
Bibliografía	79
<b>POR FUERTES Y FRONTERAS (1994-1996)</b>	<b>87</b>
<b>ANIMALES DOMÉSTICOS</b>	<b>93</b>
El canto del gallo	95
Verano de 1994	97
Hammurabi	99
La verdad	101
El perro de mi novia	103
Cuando pienso en los viejos amigos	105
Tu musa	107
DNA	109
El pozo	111
<i>Teichoscopia</i>	113
<b>A QUEMARROPA</b>	<b>117</b>
La tempestad	119
Voces	121

Nuestra vecina	123
Recaída	125
<i>Light Sleeper</i>	127
La Cenicienta	129
Advertencia al lector	131
<i>Collige, uirgo, rosas</i>	133
Rojo y negro	135
Mensaje en una botella rota	137
<b>LA HERIDA OCULTA</b>	139
<i>In illo tempore</i>	141
El resplandor	143
La chica verde	145
El encuentro	147
Los amantes	149
Qué complaciente estabas, amor mío, en la pesadilla	151
<i>The Day After</i>	153
De tanto amarte y tanto no quererte	155
Vamos a ser felices	157
Voy a escribir un libro	159
<b>PUESTA DE SOL</b>	161
Vive la vida	163
Carta de un sioux a un masoquista	165
Cuándo vas a enterarte	167
El Caballero, la Muerte y el Diablo	169
La amazona de Mordor	171
Cosas de Heráclito	173

Debajo de la piel	175
Mujeres	177
Libros	179
El enemigo común	181
LA FLOR AZUL	183
Sobre una carta de John Keats	185
Ave María	187
En la tumba de <i>Joker</i>	189
La princesa y el dragón	191
Las tres hermanas	195
Cnosos	197
Navidades de 1995	199
Religión y poesía	201
Álzate, corazón	203
La flor azul	205
PAISAJE DESPUÉS DE LA BATALLA	207
Aniversario	209
Demasiado tarde	211
El cuarto vacío	213
En un coche blanquísimo	215
Soneto al volante de mi Ford <i>Fiesta</i> rojo, en heptasílabos	217
Los dramas confucianos	219
Algún día	221
Sobre el <i>Cantar de los Cantares</i>	223
No sé qué hacer contigo	227
Brindis	229

Introducción

«De tanto amarte y tanto no quererte»:  
los fuertes y fronteras  
de Luis Alberto de Cuenca

*P*OR FUERTES Y FRONTERAS (1996a) es el octavo libro canónico de poemas de Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 29 de diciembre de 1950), tras *Los retratos* (1971), *Elsinore* (1972), *Scholia* (1978a), *Necrofilia* (1983), *La caja de plata* (1985), *El otro sueño* (1987) y *El hacha y la rosa* (1993a), lista por lo demás digna de algún comentario, porque *Los retratos* es un libro sistemáticamente preterido de las compilaciones de poesías reunidas del poeta —aunque ha contado con dos reediciones recientes a cargo de Luis Miguel Suárez Martínez, una en esta colección— y porque *Necrofilia* es en realidad una pequeña *plaque* compuesta solo por cuatro poemas, a la que sin embargo el poeta da una enorme relevancia, hasta el punto de no haberla diluido nunca en ninguno de sus libros mayores. Escrito entre los años 1994 y 1996 —lo que explicitan poemas como «Verano de 1994» o «Navidades de 1995»—, *Por fuertes y fronteras* es, además, el primer volumen que Luis Alberto de Cuenca publica



con Visor Libros (Colección Visor de Poesía, n.º 347), pues desde 1985 había dado a conocer sus sucesivas entregas en la sevillana Editorial Renacimiento. Desde entonces, será el sello madrileño Visor el que acoja en exclusiva tanto sus libros exentos como las ediciones progresivamente aumentadas de sus poesías completas: así, *Sin miedo ni esperanza* (2002), *La vida en llamas* (2006), *El reino blanco* (2010a), *Cuaderno de vacaciones* (2014) y *Bloc de otoño* (2018), amén de las cinco ediciones hasta la fecha, sucesivamente enriquecidas, de *Los mundos y los días* (1998, 1999a, 2007, 2012, 2019). Quedan al margen, por supuesto, las docenas de antologías repartidas por numerosas casas editoriales y un libro tan secreto como delicioso, *La mujer y el vampiro*, publicado por Rey Lear (2010b), que tengo por uno de los libros canónicos del poeta, aunque él no lo haya naturalizado como tal incluyéndolo en el conjunto de sus versos reunidos.

Cuando en 1996 aparece *Por fuertes y fronteras*, Luis Alberto de Cuenca es desde luego uno de los principales poetas del momento: recién nombrado Director General de la Biblioteca Nacional, Profesor de Investigación en el CSIC y Premio Nacional de la Crítica (1985) y de Traducción (1989), su obra se halla recogida en las principales antologías de su tramo generacional —de hecho, muy poco más tarde resultaría ser el segundo poeta más votado, después de Luis García Montero, en *El último tercio de siglo* (1968-1998). *Antología consultada de la poesía española*— y para entonces ya ha merecido aproximaciones de calado por parte de los estudiosos más *à la page* (como el pionero librito de Lanz, 1991).

Se ha repetido, con toda la razón, que la obra de Luis Alberto de Cuenca traza un arco similar a la de Luis Antonio de Villena, su viejo amigo de juventud, que podría definirse como el tránsito de la erudición a la vida —o si vale el pequeño guiño, de la biblio a la discoteca— y que es asimismo perceptible, con matices, en la trayectoria de otros poetas del 68, caso de un Guillermo Carnero. El texto de contracubierta de *Por fuertes y fronteras* ya nos hace saber que De Cuenca,

después de ser considerado el poeta más culturalista de su generación, ha ido construyendo desde *La caja de plata* [1985] una obra poética de línea clara, irónica y trágica a un tiempo, moderna y clásica a la vez, que ha abierto nuevos cauces de expresión a la poesía española del final de siglo.

En efecto, a la altura de 1996, la influencia de su poesía urbana, de línea clara, timbre fresco y sofisticado trasfondo cultural —esto último es lo más difícil de imitar—, es ya casi clamorosa en la producción de los poetas jóvenes: véase, por caso, el ejemplo de Roger Wolfe o el del primer libro de José Mateos (*Una extraña ciudad*, 1990), que luego transitarían por bien distintos derroteros; por citar solo un ejemplo más, en 1997 vería la luz *La camarera del cine Doré y otros poemas*, de Carlos Martínez Aguirre, uno de los libros de la época que acusan más creativamente el feraz magisterio del poeta. En particular, me parece fundamental insistir en el vínculo palmario que durante finales de los ochenta y la década completa de los noventa la

obra de Luis Alberto de Cuenca mantiene con la de otros poetas madrileños, estrechamente relacionados con él y autores de libros también publicados por el sello Renacimiento: pienso, claro, en poetas como Julio Martínez Mesanza (Iruvreda, 2019), pero también Amalia Bautista, Lorenzo Martín del Burgo o Fernando Lanzas. La lectura de los poemas de estos autores —alguno menos conocido de lo que debiera— durante el período indicado evidencia su afinidad y arroja múltiples ecos y guiños cruzados que sería muy sabroso desmenuzar. No es mi intención, desde luego, demorarme en ello ahora, pero todo esto acredita el liderazgo de Luis Alberto de Cuenca dentro de algunos de los grupos de su generación ya en el momento de aparición de *Por fuertes y fronteras*, en el caso de que no se trate, a secas, del poeta más destacable de la suya.

Por lo demás, a la publicación de este libro siguió una cascada de reseñas elogiosas: Víctor García de la Concha en *ABC Cultural* (05/04/1996, pág. 8), Miguel García-Posada en *Babelia* (13/07/1996, pág. 18), Martín López-Vega en la revista *Clarín* (n.º 3, pág. 73), Luis Martínez de Mingo en *Ínsula* (n.º 595-596, págs. 25-26) o Vicente Tortajada en *Renacimiento* (n.º 13-14, págs. 75-76), entre muchos otros, saludaron con entusiasmo un libro que apenas diez años después de aparecido ya era elevado a la categoría de clásico contemporáneo cuando, en 2006, el profesor Juan José Lanz diera a conocer en la colección «Letras Hispánicas» de Ediciones Cátedra una admirable edición crítica —diga lo que diga Rafael Reig—, profusamente anotada, de los libros *La caja de plata*, *El otro sueño*, *El hacha y la rosa* y nuestro *Por fuertes y fronteras*. Ni que decir

tiene que en lo sucesivo tendremos siempre a la vista los ricos comentarios de Lanz (2006: 361-452), y otro tanto cabe decir de los estudios de referencia de Letrán (2005) y Suárez (2008, 2010), puesto que estos tres autores conforman el triunvirato de honor de los escoliastas luisalbertianos (con permiso de Adrián J. Sáez).

### UNA PROPUESTA DE LECTURA

*POR FUERTES Y FRONTERAS* es, dicho *tout court*, uno de los libros más duros y desolados de Luis Alberto de Cuenca. Algún día tendrá que explicarse cómo uno de los poetas más vitalistas de nuestro tiempo, un auténtico celebrador del mundo, responsable de himnos como «Vive la vida» (en este mismo *Por fuertes y fronteras*) o «Abre todas las puertas» (de *Sin miedo ni esperanza*), pudo haber agavillado una colección de versos tan devastada como esta. Es cierto que *Elsinore* (1972) se enfrentaba obsesivamente con la desaparición de la primera novia del poeta, Rita Macau (1951-1970) —aquí aludida en «Voy a escribir un libro», donde se habla «de mi primera novia, / que me enseñó el amor y las puertas secretas / del cielo y del infierno» (vv. 2-4)—, pero lo hacía a través de diferentes juegos ana- y criptogramáticos o sirviéndose de un exigente, hermético acervo cultural multilingüe, en todo caso vinculado con el *trobar clus* de los primeros tiempos del poeta (Ponce Cárdenas, 2017). *Por fuertes y fronteras*, sin embargo, refiere ya en el *trobar leu* de línea clara de la madurez de De Cuenca dos experiencias profunda-



mente dolorosas: el fallecimiento de su madre, Mercedes Prado († 6 de mayo de 1995), y la separación matrimonial de su segunda esposa (enero de 1996). No extraña, pues, que el propio poeta confiese en «Advertencia al lector» que su libro debe leerse nada menos que «como lo que es: un grito (o un susurro) de angustia / y soledad» (vv. 8-9). Es más, en un coloquio reciente, celebrado el 19 de marzo de 2019 dentro de la serie «Biografía intelectual» de la Fundación Juan March, confesaba el poeta al conductor del acto, el doble académico Francisco Javier Puerto Sarmiento, que en 1996, mientras se publicaban estos versos, acababa de separarse (min. 31:55) y, como consecuencia de su situación, le reveló a su viejo profesor de Latín, el célebre Antonio Fontán, que se encontraba mal y que necesitaba distraerse con algo (Fundación Juan March, 2019, min. 32:15).

De Cuenca, como su poeta predilecto, Lope de Vega, ha hecho bandera de poetizar su biografía, y las mujeres de su vida protagonizan buena parte de sus versos —piénsese, entre otros muchísimos ejemplos, en los poemas «Rita» (de *El otro sueño*), «Las lágrimas de Beba» (de *La caja de plata*), «Julia» (de *El otro sueño*), o «A Alicia, disfrazada de Leia Organa» (de *Sin miedo ni esperanza*)—, constituyendo así auténticos ciclos poéticos autónomos, como ocurre con los de Elena Osorio, Micaela Luján o Marta de Nevaes en el caso del Fénix de los Ingenios (Sánchez Jiménez, 2019).

Tan es así que, en 1996, la dedicatoria original de *Por fuertes y fronteras*, más tarde suprimida, decía lo siguiente —remitimos al apartado de «Esta

edición» para el examen de los cambios habidos entre las sucesivas ediciones del poemario—:

A ti, Julia, en Alaska o en Groenlandia,  
marcando diferencias,  
a ti, que ahúmas tus armas en un fuego de algas  
para que se les vaya el olor de la tierra,  
a ti, en trineo o en kayak,  
tatuada en la barbilla y encima de las cejas,  
a ti, en lucha continua  
por la existencia,  
van dedicados estos versos.  
Ojalá alguno te divierta.

La dedicatoria de este poema es, sin duda, la receptora de buena parte de un libro que recoge el doloroso ocaso de su relación con el poeta. Pero, más allá de la anécdota, el volumen se plantea —como categoría y ya desde el título— como un intento de superar las contrariedades de la vida («pasaré los fuertes y fronteras»); y el poema que lo abre, precisamente, hace profesión de estoicismo («No me quejaré. / De qué sirve quejarse»). Sin embargo, el dolor, o el presentimiento de ese dolor futuro, lo atraviesa de la cruz a la raya, primero de un modo más lacerante, luego más melancólico,

hasta acabar exclamando, en el delicioso último verso del poema postrero, «¡Larga vida al fantasma del recuerdo!». Con todo, el tránsito es, sin duda, devastador, lo que, por cierto, cuaja en un producto literario de extraordinaria calidad y fuerza, de tonos «graves y reflexivos» (Cuenca, 2020: 117). Al decir del poeta:

*Por fuertes y fronteras* es un libro de plena madurez. Se dice que la poesía, al contrario que la novela, es propia de autores extremadamente jóvenes, casi adolescentes —no olvidemos el ejemplo absolutamente irreplicable de Arthur Rimbaud—, pero hay que decir también que con los años, lo mismo que se escriben probablemente mejor las novelas, [así sucede con los poemas]. En mi caso, si me preguntara alguien —que siempre hay alguien que suele preguntarlo— cuál es mi libro favorito, yo diría que dos: *La caja de plata*, de 1985, y *Por fuertes y fronteras*, de 1996 (Canalnortetv, 2016, min. 12:58-14:24).

De esta manera, gran parte de los poemas de la colección tratan del *pathos* amoroso en sus múltiples formas; por su lado, otros tantos lo hacen de la muerte y de la preocupación existencial derivada de la experiencia tántrica, incluso en su dimensión religiosa trascendente. Estos vectores se reparten equitativamente a lo largo del libro, sin que pueda caracterizarse de manera unívoca y excluyente cada una de las seis secciones que lo componen, todas integradas por diez poemas. Sí puede observarse, con carácter general, que la primera, «Animales domésticos» —publicada exenta, con

variaciones, en 1995 y en edición limitadísima de bibliófilo— sirve como pantallazo general e introducción moral al libro; «A quemarropa» y «La herida oculta», bloques segundo y tercero, refieren el personal *descensus ad inferos* del amor desvanecido; toda vez que «Puesta de sol», cuarto apartado, insiste en el mismo tema desde una posición más distanciada y metafísica; «La flor azul», quinta sección, se dedica en especial a la muerte de la madre; y «Paisaje después de la batalla», sexto capítulo y *season finale* de la colección, añadido solo a partir de la edición definitiva de 2002 —volvemos a remitir al apartado «Esta edición»—, hace balance de daños y cartografía el territorio de la herida. El resultado, en todo caso, es chocante en contraposición con el resto de libros del poeta, pues este que nos ocupa es, sin duda, su libro más señalado por el desvalimiento y por la angustia.

Comenzando por el motivo amatorio, *Por fuertes y fronteras* trata insistentemente el tema del amor infortunado; la incidencia es tal, que el poeta lamenta que «tu partida sea / un tema recurrente de mi imaginación» («Aniversario», vv. 5-6), pues, en efecto, aparece obsesivamente en esta colección de poemas, como mínimo en un tercio de ellos: así, «las chicas como tú responden / al amor con desdén / y al desdén con amor» («Hammurabi», vv. 7-9); «todos los rostros / que oculté entre mis brazos o admiré entre las sábanas / se han convertido en máscaras que interrumpen mi sueño» («Voces», vv. 1-3); «todo / —aquel horrible bar, tú y yo, la noche— / era tan esperpéntico y absurdo / que se parecía a la vida» («El encuentro», vv. 25-28); «sus anillos pesaban / y herían la inocencia / del mundo» («Los amantes», vv. 8-10);



«sueñas que vuelve / la mujer que no ha de volver» («Qué complaciente estabas, amor mío, en la pesadilla», vv. 5-6); «con tu partida / devorándome el alma» («*The Day After*», vv. 1-2); «te has cansado de mí y de mis locuras» («De tanto amarte y tanto no quererte», v. 2); «su helado / desdén, que recluyó tantas veces mi espíritu / en la triste mazmorra de la desesperanza» («Voy a escribir un libro», vv. 19-21); «odias / a quien finges amar» («Cuándo vas a enterarte», vv. 3-4); «el dolor del amor que mueve las estrellas» («El Caballero, la Muerte y el Diablo», v. 18), «al oscuro jinete que la rompe / de amor y la consume de deseo, / al enemigo de su alma» («La amazona de Mordor», vv. 16-18); «Mira que las deseo. / Y qué poco me gustan» («Mujeres», vv. 1-2); «todas / se marchan de mi vida» («Aniversario», vv. 1-2); «Se fue sin dejar rastro» («Demasiado tarde», v. 4); «En esta habitación / ya nada puede hacerse / salvo morir» («El cuarto vacío», vv. 1-3); «Tú al volante, / yo a tu lado, en el sitio de la muerte» («En un coche blanquísimo», vv. 3-4); «Mi novia se ha marchado / de casa y me he quedado / sin ganas de vivir» («Soneto al volante...», vv. 1-3); «la comedia de traición y abandono, / despecho y soledad que es mi vida a estas horas» («Los dramas confucianos», vv. 7-8); «buscando el orden que perdí, la huella / que dejó tu sonrisa entre mis labios» («Algún día», vv. 8-9); «Lo corriente es que el amor / te sepulte en la sima de la angustia» («Sobre el *Cantar de los Cantares*», vv. 25-26); y «Te tengo dentro, / atada en la bodega más oscura del alma» («No sé qué hacer contigo», vv. 1-2). Discúlpeseme la insistencia en las citas, pero solo así podemos hacernos cuenta cabalmente de esta pre-

sencia dominante, obsesiva y tan poderosa, que incluso un poema más dulce como «*In illo tempore*», que celebra la felicidad pasada, subraya implícitamente su pérdida presente («Cuando la realidad *era* el deseo / y nuestro reino no *era* de este mundo», vv. 15-16; la cursiva es mía).

El desamor se funde en este libro con otro motivo asimismo doloroso, esto es, el de la droga —en especial, la cocaína—, insistentemente asociada con experiencias amorosas de triste final. Pienso ahora en tres poemas en concreto, a saber: «Cuando pienso en los viejos amigos» («se fueron / al país de la muerte, sin billete de vuelta, / solo porque buscaron el placer en los cuerpos / y el olvido en las drogas que alivian la tristeza», vv. 5-8), «Recaída» («tú caerás en lo hondo / y yo te seguiré sin alas al abismo, / roto de culpa y de desasosiego», vv. 9-11) y «*Light Sleeper*» (donde aparece «una bolsa con veinte gramos de nieve pura» y donde, a causa de ella, «el horror era el único sentimiento posible / entre los dos y para siempre», vv. 20, 22-23). La droga, por cierto, es un motivo no ajeno a la poesía de Luis Alberto de Cuenca, quien ha precisado en alguna ocasión que

Yo viví muy intensamente la Movida. Era un joven bastante serio y, de repente, aquellos años me removieron por dentro, gracias a algún querido amigo como Fernando González de Canales, y en ese momento intenté abrir las ventanas de la biblioteca, que estaba toda llena de polvo la pobre, y que entrara un poco de aire fresco... Un aire fresco que fue veneno para muchos. No fue fácil salir indemne de la Movida (EsRadio vídeos, 2014, min. 5:18-6:20).

Pasando ahora al sesgo tanático, que indudablemente también alcanza una fuerte presencia en el conjunto, el poema «En la tumba de *Joker*» consiste en un sentido epitafio supuestamente enunciado por un *golden retriever*, toda vez que «Las tres hermanas» juega a ser un augurio fatal de carácter onírico vuelto sobre el poeta («Ha llegado tu hora», v. 10), en la línea surreal que tan a menudo deja sus rastros en la voz luisalbertiana. Pero la muerte que se deja oír con verdadera y constante fuerza en este libro no es solo la del amor, sino la de la madre del poeta, sobre todo en tres poemas que se cuentan, me parece, entre lo más lancinante y hermoso de la producción toda del madrileño: «Cnoso» («Y, de pronto, mi madre, abanicándose, / se me aparece en Cnoso y yo le sirvo / el enésimo vaso de agua, y se me muere / otra vez, y otra vez me entregan sus cenizas», vv. 1-4), «Navidades de 1995» («Y en la foto / que tengo tuya, de cuando eras joven, / la goma de mis lágrimas / va borrando tu cara», vv. 13-16) y «La flor azul» («“más allá de fuertes / y fronteras habrás de ir a buscarla”, / dijo mi madre antes de morir», vv. 10-12), versos estos que, además, son los que sirven para rotular el libro. La experiencia de la muerte se expande hacia una visión religiosa constante también en la producción *laquiana* —por utilizar el adjetivo creado por Adrián J. Sáez a partir de las iniciales de L. A. C.—, tal es el caso de «Ave María» («Bendita tú, María, entre todas las diosas / que habitan en el cielo de nuestro desamparo. / Y bendito sea el fruto de tu vientre», vv. 7-9), «Navidades de 1995» («este año no ha nacido nadie / en el pesebre. Nadie», vv. 12-13), «Álzate, corazón» («Álzate, viejo amigo, que el Dios de los humildes

/ ha vuelto de su viaje al país de las sombras», vv. 5-6), o, de modo mucho más oscuro, «Sobre el *Cantar de los Cantares*» («y Dios no me hace caso y tú te has ido», v. 43) (Núñez Díaz, 2018).

De hecho, el «dolorido sentir» de la separación amorosa, el trago de cicuta de la muerte materna y una presencia «tibia» de la religión que no acaba de redimir por entero al sujeto se sustancian en la negra visión de la realidad que alienta en *Por fuertes y fronteras*, de claro desencanto postmoderno. Recordemos otro puñado de poemas: «Verano de 1994» («un verano / especialmente duro», vv. 9-10), «La verdad» («La verdad es que no sé qué es la verdad», v. 1), «El perro de mi novia» («nunca sonrío, nunca gasta bromas, / no es partidario de las emociones», vv. 3-4), «El pozo» («y me quedo en el pozo para siempre», v. 18), «La tempestad» («sigue / golpeando hasta hacerse / sangre. Todo es inútil», vv. 11-13), «La Cenicienta» («la vida no es gran cosa», v. 1), «Mensaje en una botella rota» («Aquí estoy, aburrido como un hongo», v. 1), «Cosas de Heráclito» («El camino hacia arriba y hacia abajo es el mismo», v. 8), «Debajo de la piel» («el dolor de ser hombre», v. 10), «El enemigo común» («tenían enfrente un enemigo / común: la Realidad», vv. 10-11)...

Ahora bien, incluso en la hora más oscura, Luis Alberto de Cuenca sabe tañer con su lira los acordes mayores de la luz y la esperanza, recordarnos las mañanas triunfantes e insistir en que «en las canciones es verano siempre» (v. 7 de «Verano eterno», en *El reino blanco*). Hay, pues, un manojo de textos de incorregible y contagiosa celebración incluso en este libro he-

rido. El aliento positivo sopla aquí también, curiosamente, gracias al amor («Tu musa», «DNA»), el humor («*Teichoscopia*»), la más pura y exquisita exultación («*Collige, uirgo, rosas*», «Vive la vida», «Sobre una carta de John Keats»), la religión («Religión y poesía») o la insinuación sexual («El resplandor», «La chica verde»). No falta alguna contrafigura de estos poemas en «Vamos a ser felices», irónica y trunca invitación a la felicidad («no se sabe cómo», apenas «diez minutos seguidos», vv. 8-9). Y, por fin, está el tema fundamental en la obra luisalbertiana de la salvación a través de la cultura y el arte («Verano de 1994», «Debajo de la piel», «Libros»).

Obviando esta caracterización temática, ha de destacarse también la impronta narrativa de muchos de estos poemas, pequeños retablos épicos o incluso, como gusta decir el poeta, *videoclips* («*Teichoscopia*», «La tempestad», «Nuestra vecina», «La amazona de Mordor», «La princesa y el dragón»), así como el erotismo encendido y, a veces, muy *fin de siècle*, políticamente incorrecto, de composiciones como «Nuestra vecina» («hay que trazar un plan que no nos falle / para descerrajarle los cerrojos», vv. 5-6), «*Collige, uirgo, rosas*» («Goza labios y lengua, machácate de gusto», v. 10), «Recaída» («y nos pondremos ciegos de amor y de futuro», v. 6) «*Light Sleeper*» («hicieron el amor / sin droga por primera vez», vv. 8-9), «Rojo y negro» («largas uñas de sangre de tus manos», v. 9), «El resplandor» («la pendiente de los senos, / apenas contenidos en la escasa / pechera del vestido», vv. 2-4), «La chica verde» («te moldea el cuerpo como pátina / de bronce viejo», vv. 2-3), «*The Day After*» («solo en la cama / que fue anoche tu reino», vv. 5-6), «Demasiado

tarde» («las fotos / que le hice desnuda», vv. 7-8). En muchos de estos poemas, además, se hace perceptible una personalísima atmósfera entre *noir* y *pulp*, particularmente en ciertas composiciones con tendencia a la estampa, enigmáticas en su concisión epigramática, en las que unos pocos detalles deben bastar al lector para reconstruir una historia subyacente que nunca se llega a revelar del todo («La tempestad», «La Cenicienta») y en las que brilla la precisión de detalle («descalza / es todavía mayor / su desamparo», «caes / de bruces ensuciando la moqueta»).

En resumen, *Por fuertes y fronteras* insiste en los dos motivos centrales de la lírica de todos los tiempos, el amor y la muerte, a través de una perspectiva nocturnal, por mucho que su lengua poética sea limpia y luminosa. Pero de los secretos de la lengua poética luisalbertiana, dechado de naturalidad y fuerza, hablaremos un poco más tarde.

### **EL UNIVERSO (QUE OTROS LLAMAN LA BIBLIOTECA)**

Y BIEN, NO HAY DUDA de que *P-or fuertes y fronteras* está, como todos los libros de su autor, atravesado de cultura en general y literatura en particular, pero de modo asombrosamente límpido y concreto, desprovisto de cualquier suerte de afectación. Estamos, desde luego, ante uno de los poetas más sabios y doctos de nuestro tiempo —«He leído / muy despacio el *Cantar*, en una nueva / y erudita versión»—, funcionario desde 1978 de una relevante institución académica, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y no es raro que su actividad profesoral se transparente aquí y allá —Juan

José Lanz ha notado (2006: 427) cómo el poema «Sobre una carta de John Keats», por caso, se relaciona con la reseña que De Cuenca publicó en *ABC* acerca de la epistolografía del poeta romántico inglés (1996b: 183)—. Pero lo verdaderamente representativo de la voz luisalbertiana es la metabolización, enteramente vital y jubilosa, de una inabarcable tradición cultural sin pedanterías de ninguna clase. Tradición cultural, digo, sin apellidarla con ningún adjetivo, pues aunque predomine la europea no faltan otras aquí representadas: piénsese en los poemas «Hammurabi» (rey babilonio del siglo XVIII a. C.) o «Los dramas confucianos» (género teatral chino de carácter edificante). Lo que me importa es ver cómo las incontables referencias culturales que atraviesan el corpus nunca aparecen de modo gratuito, sino que subrayan los motivos temáticos fundamentales de la serie.

En primer lugar, numerosísimos correlatos culturales —de la *pop* a la *high culture*, que se ha cansado de repetir que son la misma— sirven a De Cuenca para subrayar su desamparo sentimental, desde el juego de la oca («El pozo») hasta las novelas de J. R. R. Tolkien («La amazona de Mordor»), la serie negra norteamericana («*The Day After*»), la filosofía de Heráclito el oscuro («Cosas de Heráclito»), la Biblia («Sobre el *Cantar de los Cantares*») o las sirenas homéricas («Algún día»). Eso ciñéndonos a los textos vinculados con el amor defraudado, armazón temático del libro, pero teniendo presente que, fuera de ese motivo central, comparecen otros muchos ingredientes libresco: una misiva del poeta romántico inglés John Keats («Sobre una carta de John Keats»), los cuentos de hadas tradicionales («La

princesa y el dragón»), la geografía helénica («Cnos»), una conferencia de Paul Claudel dictada en 1927 («Religión y poesía») o, de nuevo, la Biblia («Navidades de 1995»).

La reescritura es otra de las formas de creación del libro, y no siempre de manera intertextual sino interdiscursiva, en diálogo con códigos ajeno al escrito. Así, por caso, «A quemarropa», la segunda sección del libro, toma su título del *thriller* de John Boorman (1967) cuyo reparto fue encabezado por Lee Marvin; el poema «*Light Sleeper*» reelabora con ciertas licencias el argumento de la película que Paul Schrader (1946) estrenó en 1992 y que, protagonizada por Willem Dafoe y Susan Sarandon, refiere las andanzas de un *drug dealer* que empieza a plantearse abandonar el negocio cuando se reencuentra con su antigua amante, una politoxicómana presuntamente desenganchada de los estupefacientes. El poema de Luis Alberto, por lo demás, concentra con densidad y viveza algo así como los primeros tres cuartos del argumento de la película. Algo parecido sucede con «*The Day After*», que toma su título de la homónima *TV movie* dirigida por Nicholas Meyer en 1983. La visión apocalíptica del telefilm cobra en el poema un sentido amoroso, pues describe el primer día después de la partida de la amada.





# Por Fuertes y Fronteras

(1994-1996)



Buscando mis amores  
iré por esos montes y riberas;  
ni cogeré las flores,  
ni temeré las fieras,  
y pasaré los fuertes y fronteras.

SAN JUAN DE LA CRUZ

*para Bronwyn, que ha vuelto de las estrellas*

# Animales domésticos

*a Álvaro de Cuenca*



## El canto del gallo

«**N**O TE QUEJES», escucho. «No te quejes», repite una y mil veces el gallo. Son las cinco de la mañana. Estoy medio dormido. «Quiquiriquí», tendría que cantar ese gallo, pero canta otra cosa. ¡Ya puede prepararse si me levanto y salgo! «No te quejes», insiste, «no te quejes», cada vez con más ganas. Lo ha conseguido. No me quejaré. ¿De qué sirve quejarse?

## Verano de 1994

*L*ES INDES GALANTES, de Rameau.

*Le Bossu*, de Féval.

Un jorobado de verdad guiando a un perro ciego por la calle.

*Joker* correteando por el césped.

Los cuentos de Guillermo Hauff.

*Blagdaross*, un caballo de madera que no conoce el miedo.

Tú venga a hacerte largos en la piscina.

Las novelas de Goodis, Jim Thompson y Don Tracy.

Cosas que justifican un verano

especialmente duro,

segundo centenario de la muerte

de mi querido Robespierre.

# Hammurabi

LAS CHICAS COMO TÚ se ríen en las barbas  
del mismísimo Hammurabi.

«Ojo por ojo  
y diente por diente»  
(lo hizo escribir en Babilonia,  
hace cuatro mil años).

Las chicas como tú responden  
al amor con desdén  
y al desdén con amor.  
Por fastidiar a Hammurabi.

# La verdad

LA VERDAD es que no sé qué es la verdad y no puede ser bueno que no sepa algo tan importante como eso.

La verdad es que si alguien va y me dice: «Es muy sencillo, imbécil: la verdad es esto o es lo otro o las dos cosas», me deja estupefacto. Y si pregunto qué es la verdad en realidad, si esto, si lo otro o si al tiempo las dos cosas, mi informante contesta: «Eso depende», y, la verdad, me quedo como estaba.



## El perro de mi novia

NO EXISTE NOMBRE menos indicado que *Joker* para el perro de mi novia. Nunca sonrío, nunca gasta bromas, no es partidario de las emociones y lo que más le gusta del paseo es regresar a casa. ¿Quién diría de este *retriever* plácido y dorado que fue otrora una bestia sanguinaria, cuando no había pacto entre los canes y los hombres, y aún no había *terriers* ni *collies* ni pastores alsacianos, sino un único perro, parecido al lobo y, como él, bastante bruto, proclive a devorar niñas y abuelas?

Por una vez los siglos no han pasado  
en vano, pues el perro de mi novia  
no devora otra cosa que comida  
para perros, y no sale de noche,  
y no persigue perras por la calle  
(entre otras cosas, porque está castrado).

## Cuando pienso en los viejos amigos

CUANDO PIENSO en los viejos amigos que se han ido de mi vida, pactando con terribles mujeres que alimentan su miedo y los cubren de hijos para tenerlos cerca, controlados e inermes.

Cuando pienso en los viejos amigos que se fueron al país de la muerte, sin billete de vuelta, solo porque buscaron el placer en los cuerpos y el olvido en las drogas que alivian la tristeza.

Cuando pienso en los viejos amigos que, en el fondo del mar de la memoria, me ofrecieron un día la extraña sensación de no sentirme solo y la complicidad de una franca sonrisa...

# Tu musa

*a Diego Moldes*

CONVÉNCETE PRIMERO de que le caes simpático,  
de que lo pasa bien cuando sale contigo.  
Llévala a casa luego, sírvele un par de copas  
y, en un momento dado, mordisquéale el cuello.  
Unas veces querrá pasar al dormitorio,  
otras alegrará una indisposición  
y otras te contará su vida por entregas.  
Muéstrale en cada caso la dosis de cariño  
que te pidan sus ojos. Sé generoso siempre.  
Trata de conservarla como sea a tu lado.  
Sin ella, sin tu musa, no eres nadie, poeta.

## *DNA*

*D*<sub>NA</sub> O ADN, poco importa  
si en castellano o en inglés: el caso  
es que me muero por tus proteínas,  
por tus aminoácidos, por todo  
lo que fuiste una vez, cuando tus padres  
vinieron de cenar algo achispados  
y, después de tirar de la cadena,  
hicieron una nueva con tu nombre,  
con tus curvas y con tus fantasías.  
Dame una foto de tu *DNA*  
tamaño DNI, que me retuerzo  
de ganas de mirarla a todas horas.

# El pozo

*a Jesús Urceloy*

ESTOY JUGANDO solo en un tablero  
de la oca. Me estreno con un seis.  
La corriente me lleva a la posada,  
donde debo quedarme un par de días,  
prendado de los ojos de la dueña  
(¿volveré a visitarla en otro juego?).  
Salgo de la posada y, por muy poco,  
no caigo en la casilla de los dados.  
¿Me libraré del pozo? Cómo cuesta  
vivir con ese pozo por delante.  
Un cuatro. Me libré. Bordeo el pozo  
de la tristeza y del aburrimiento,  
camino de la reina de lasocas.  
Pero ante mí se yergue el laberinto,

y retrocedo a la casilla treinta.  
Saco entonces un uno. Como nadie  
juega conmigo, no redimo a nadie  
y me quedo en el pozo para siempre.

# *Teichoscopia*

*a Carlos García Gual*

TRAS NUEVE AÑOS de guerra, el rey de Troya no sabe quiénes son sus enemigos. Se lo pregunta a Helena, allá en lo alto de la muralla: «Dime, Helena, hija, ¿quién es ese que saca la cabeza a los demás y que parece un rey por su modo de andar y por su porte señorial?». «Mi cuñado, Agamenón, un hombre insoportable que no cesa de gruñir, el peor de los esposos y un mal padre». «¿Y el rubio que está al lado?». «Es mi marido, Menelao, un idiota que no supo apreciar como es debido lo que tenía en casa y no comprende



a las mujeres». Príamo registra la información de Helena en su vetusto cerebro, y continúa preguntando: «Y ese otro de ahí, de firme pecho y anchos hombros, que va y viene nervioso por el campo, las manos a la espalda, como quien trama algo, ¿quién es ese?». «Odiseo de Ítaca, un fullero de quien nadie se fía, un sinvergüenza». «¡Caramba con los griegos!», piensa Príamo, y le dice a la novia de su hijo: «Otros veo, muy altos y muy fuertes, que destacan del resto. Por ejemplo, esa masa magnífica de músculos que está sentada al fondo, a la derecha...». «Es Ayante, una bestia lujuriosa y prepotente, un grandullón con menos inteligencia que una lagartija». «¡Qué bien hice estos años —piensa Príamo— sin saber quiénes eran estos tipos! Basta que gente así reclame a Helena para no devolverla». Y en voz alta

dice a la chica: «¿Dónde estará Paris?».  
«Imagino que en la peluquería,  
haciéndose las uñas y afeitándose».  
«Ayúdame a bajar de la muralla  
y vamos en su busca, que os invito  
a los dos a una copa en el palacio».